

—¿Mandas otra cosa?

—Por ahora no.

—Entonces te dejo, que tengo que hacer.

Y mientras esto decía Gildo, puesto ya de pie, estirábase el chaleco y sacudía las piernas y miraba hacia el pasadizo, por si andaba Osmunda por él, con ánimo de hacerla una despedida «con señorío;» y como á nadie vió en aquella penumbra, tendió la diestra al cojo, estrechósele éste con la suya, dándose al propio tiempo aires de importancia suma, y salió Gildo de la Casona.



VI.

DON GONZALO.

VIVÍA en Coteruco, muchos años há, un hombre á quien llamaban en el pueblo Antón Bragas, porque nunca tuvo las suyas nuevas ni á medida, y siempre pecaban de anchas. Lo de anchas, consistía en que Antón era pequeñito y flaco, y cuantos calzones recibía de limosna le venían grandes; y lo de no ser nuevas, dicho queda el por qué con haber dicho que se las daban de limosna.

Además de pobre, era Bragas un perdido en toda la extensión de la palabra, porque era un borracho contumaz, vicio que, después de consumirle la escasa hacienda que poseyó, acabó por dejarle sin camisa y sin vergüenza.

Y aquí debo advertir que los calzones de limosna no se le daban por compasión, que inspirara el desnudo á sus convecinos, sino porque Bragas los había amenazado (y cumplió la

amenaza más de tres veces) con andar en cuecos vivos á la intemperie, si ellos no se encargaban de vestirle.

Dejáronle también sus acreedores, por compasión á dos hijos que tenía—una muchacha y un muchacho,—la casuca que les servía de albergue y había traído al matrimonio, con algunas tierras más en la mies contigua, la que fué esposa de Bragas y madre de aquellas criaturas; infeliz mujer á quien mataron las pesadumbres... y tal cual paliza del perdulario que se las causaba.

Ya Bragas había llegado con sus vicios al grado sumo en que se cogen las chispas solamente con acordarse del vino, y para maldita de Dios la cosa necesitaba la casuca de limosna, pues nada había en ella que vender ni que comer, y las monas las dormía allí donde el sueño le derribaba, unas veces en el *gotevial* de la taberna, otras en el foso de un vallado, y á menudo sobre los morrillos de la calleja, cuando su hijo, el chicuelo Colás, dijo á su hermana, —que tenía dos años más que él:—«De padre, sólo podemos esperar hambre, palizas y miseria; su mala fama ha de perseguirnos en el pueblo, y nadie en él ha de abrirnos las puertas con buena voluntad; estamos viviendo como de milagro, y esto no puede durar; hay que tomar un partido, y muy pronto. Creo que tú de-

bes irte por los pueblos del valle en busca de un amo á quién servir, mientras yo me voy por el mundo, que es más grande. Alguna vez nos encontraremos... y si no, hasta el día del Juicio por la tarde, que á esa hora, de fijo, hemos de hallarnos.»

Parecióle cuerdo el consejo á la muchacha, y tomóle al otro día, muy de madrugada, al pie de la letra. En cuanto al consejero, traspuso el alto de Carrascosa; y anda, anda, llegó á la villa.

Al ver á un rapaz de aquel pelaje, que no pedía limosna, sino la manera de ganar un pedazo de pan, nadie se le negó; y así acalló el hambre los primeros días. Ofreciósele colocación en una taberna; pero se acordó de los desastres que había traído sobre su familia el vicio de su padre, y miró con espanto aquel empleo.

En una fragua se necesitaba un muchacho para tirar del fuelle, y Colás aceptó el cargo de muy buena gana. Á los seis meses de estar desempeñándole, supo, por un vecino de Coteruco, que Antón Bragas había amanecido muerto en una calleja, y que su hermana había hallado en Solapeña una casa buena en que servir. Lloró Colás la muerte desastrosa de su padre, aunque considerándola como lógico y merecido término de su vida desastrada, y se ale-

gró de la buena fortuna de su hermana; y cual si después de estos dos sucesos nada le quedara que hacer, á la vista, como quien dice, de su pueblo, trasladóse á la ciudad en busca de más anchos y luminosos horizontes.

Dos años permaneció en ella tanteando oficios que abandonaba al mes por poco lucrativos, y eso que le producían lo necesario para comer y vestirse, amén de albergue, aunque no muy lucido. Pero es de saberse que el joven Colás era muy dado á la ostentación de su persona, y que desde que la vió sin los pingajos que, á medias, la envolvían en su pueblo, todo le parecía poco para pavonearse con ello los domingos. Y aun iban mucho más allá sus aspiraciones. Desde que entró en la villa, y vió sus calles empedradas, y sus tiendas aparatosas, y tantos señores de levita, y por aquí uno en carruaje, y otro por allá rigiendo engalanado bruto, y damas de rosado cutis que arrastraban faldas de vaporosas telas, miró con asco los remiendos de su ropaje, y tuvo por afrenta el cisco que le tiznaba las manos y la cara. Entróle una comezón extraña en el espíritu, como si una voz interna le gritara «¡ánimo y á ello!» y así salió de la villa. Pero la comezón se le exacerbó furiosamente en la ciudad, cuando vió reproducidos en ella, y en mayores proporciones, los atractivos que en la villa le fascina-

ron. La voz interna le habló claro entonces, y Colás comprendió que aspiraba á ser un gran señor y que necesitaba hacerse rico para conseguirlo; pero á la vez se persuadió de que á tales alturas no se llega trabajando en un taller, por caro que el oficio se pague. De aquí su desaliento, sus impacencias y sus veleidades en el trabajo. Aguijoneado, á la vez que de su inconsciente ambición, de las facilidades que en aquel puerto se le ofrecían para realizarlo, asaltóle la idea de irse á América donde la plata, en su concepto, se rastrillaba en las calles. Hecho el propósito, ahorró lo necesario para el pasaje; y sin otro equipo que el que llevaba encima y dos viejas camisas de repuesto, embarcóse para el otro mundo.

Ni en qué parte de él se estableció, ni los pormenores de la lucha heróica que sostuvo para fijar la rueda de la fortuna, son aquí del caso. Sólo diré, en honra del hijo del difunto Bragas, que en veinte años no le dió el sol más que los domingos, ni trató más gente que la que llegaba á su zaquizamí para dejar el óbolo sobre el sucio mostrador, en cambio de la grosera mercancía que iba buscando; que ni por un momento le marchitó tan larga esclavitud las rosas de su imaginación montañesa, ni mella hizo en su espíritu, templado en Coteruco al fuego de las iras del borracho Antón y al frío

de todas las desnudeces y amarguras de la miseria; antes al contrario, esponjóse en aquel tugurio sombrío que hubiera sido la tumba de otro mortal de más holgada procedencia que Colás, porque el tugurio era lo primero que éste poseía, y lo poseía en indisputable propiedad; y era propiedad de pingües rendimientos para quien, como él, nada apetecía sino dinero, ni sabía lo que eran necesidades del espíritu.

De aquella civilización entre la cual vivió tantos años, no vió más que la que pasaba á ratos por delante de su puerta, muy de prisa, y la que creyó adquirir en la lectura de media docena de novelas patibularias y otras tantas del género racionalista cursi, que siempre ha estado muy en boga entre la gente de mandil y de trastienda. Fuera de esto y del completo olvido hasta de las sencillas prácticas cristianas que le enseñó su madre y repetía en la escuela de Coteruco cuando asistía á ella, era el mismo Colás de veinte años antes, no obstante los cuarenta cumplidos que sumaba al dar por terminadas sus tareas; en el cual momento, y para colmo de su dicha, al mirarse al espejo después de lavarse las costras del oficio, juzgóse hermoso y sobremanera distinguido. En suma: de Colás podía decirse que había encontrado, al despertarse en América, lo que soñó

dormido al embarcarse en Europa con aquel rumbo. Ni más ni menos.

Así, pues, ni por un instante le tentó el deseo de acrecentar su caudal arriesgándole en nuevos y más complicados negocios. Nada quería por ese camino, ni en aquellas tierras ni entre aquellas gentes para él extrañas é incomprensibles. Colás, pues, no sentía la codicia de mayores caudales; sólo aspiraba á realizar sus ilusiones con el que poseía; no era ambicioso; era vano y presumido; no apetecía el potente, pero complicado influjo de los grandes capitalistas en los ruidosos centros mercantiles, sino el relumbrón ostentoso y directo de su persona en la tranquila región de la sociedad y de la familia; quería la consideración galante de las gentes de levita y las sombreradas y el acatamiento y hasta la admiración de la masa subalterna; quería, en una palabra, ser el primero entre los primeros; pero lo quería allí donde le habían conocido el último de los últimos.

Sus ilusiones se habían forjado en otra región de la cual partió para adquirir los medios de realizarlas, y estos medios los tenía ya en la mano. Para penetrar mejor sus intenciones, leamos sus pensamientos en el supremo instante de hacer el último recuento de su caudal.

—Llegó mi hora, y hay que aprovecharla.

Por de pronto, á Europa por los Estados- Unidos, á cepillar un tanto la persona y á tomar los aires del día y la substancia del saber de los tiempos. Con esto, y lo que aprendido tengo en mis lecturas y lo que á un hombre se le alcanza de por sí cuando es ilustrado y ha corrido el mundo, como yo, y, sobre todo, con una renta, bien saneada, de tres mil dures, como la mía, á Coteruco. Coteruco estará como yo le dejé, mitad en barbecho y mitad de por labrar. Unos cuantos melenos que andan en dos pies por milagro; un cura que les llenará la cabeza de cuentos; un señor que se dará humos de personaje porque tiene cuatro terrones y una casa con portalada; un infanzón con más hambre que vanidad... y pare usted de contar. Si yo me presento allí, bien portado, con media docena de baúles de cuero inglés, y comienzo por hacer una gran casa con arcos de sillería... Pero ¿dónde vivirá, entre tanto, si hoy no la tengo digna de mí en el pueblo?... Ya lo pensaré desde la villa, donde haré una parada triunfal, si, como es seguro, no se empeñan los notables en llevarme á vivir en su compañía... Compraré muchas tierras, y tendré colonos. Desde luego me harán alcalde, pero yo no querré serlo por ahora; la gente menuda me quitará el sombrero desde media legua; los pudientes me echarán memoriales para que me

acerque á ellos; y en cuanto concluya la casa, elegiré para esposa á la señorita más *fin* del valle. Introduciré en todo él las costumbres modernas; reformaré la manera de pensar de aquellas atrasadas gentes; quizá llegue hasta el Gobierno la noticia de mi valer y de mi importancia... y ¿quién sabe?... marqueses hay por el mundo de tan basta madera como la mía.

Tras estos pensamientos, traducidos por Colás en el estilo que le era propio, y del que luego hablaremos, envió su caudal á Europa, mientras él se daba una vueltecita por Nueva-York.

Quince días estuvo en esta famosa ciudad *ilustrándose* á la manera de tantos otros europeos trashumantes, más avisados que él, en un lenguaje, unas costumbres públicas y una legislación de que no comprendió una jota; y en cuanto se hizo el necesario equipaje para llenar dos maletas de cuero, dióse ya por empapado en la cultura norte-americana, y pasó á Inglaterra...

Pero, á todo esto, el lector no le conoce de vista todavía. Voy á presentársele en el momento en que se coloca delante del objetivo de un fotógrafo para que éste le haga medio millar de retratos «de cuerpo entero.»

Vedle: de mediana talla y vestido de finísi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA HISTÓRICA
 144 FONTS 11-115
 v.46-1625 MONTERREY, MEXICO

mo paño negro; sus anchos pies contorneados de juanetes, calzados con refulgente charol; rapada la barba, doblado el cuello de la camisa bajo el del escotado chaleco, con un lacito de mariposa, hecho con las deshiladas puntas de la corbata; la pechera tersa y bordada, y culebreando sobre ella y el chaleco, en varias direcciones laberínticas, una cadena de oro; muy rizadito el pelo, y descansando sobre las dos laterales escarolas de rizados, más bien que ajustado á la cabeza, un sombrero de copa alta; en la diestra mano un bastón de *manatí* con puño de oro; la izquierda caída sobre el muslo correspondiente, oprimiendo entre los dedos un par de guantes *de respeto*, y ambas cubiertas de vello por el dorso. Correspondiente á la apostura y al arreo era la faz. Su rasgada boca, en señal de eterna seductora sonrisa, alzaba las comisuras de sus labios camino de las orejas; éstas grandes y algo velludas en los bordes del oído; fruncidos y garzos los ojuelos, las cejas no muy pobladas, la frente plana y angosta, la nariz encorvada y gruesa, y el cutis áspero y trigueño.

Cuando esta figura se movía, contoneándose como niña dengosa, marcaba con el bastón los pasos sin descomponer la dignidad de la marcha; y muy erguida y oscilante la cabeza, miraban sus ojos á uno y otro lado, como si bus-

caran corazones que hechizar con aquel flujo de sonrisa que chorreaba de sus labios.

Cuando se sentaba «en sociedad,» caía en la silla con la misma gracia que andaba; y todo el secreto de su elegancia estaba en la manera de golpearse la boca con el puño del bastón, cogido éste blandamente por la mitad con sus dos manos.

El lenguaje de este hombre se adivina: era meloso y fino, como el *huevo hilado*: decía *frido*, *cercanidas* y *cacado*.

Juzgándose en Liverpool, y ya con los retratos en la maleta, á las puertas de su casa, asaltóle las mientes una idea abrumadora: ¿con qué nombre se presentaba él en *la sociedad* española, siquiera fuese la de Coteruco? Su padre, vulgo Antón Bragas, se llamó Antonio González; su madre, Nisia Boñigones; él tenía por nombre Nicolás; y llamarse Nicolás González á secas, valía tanto como Perico el de los Palotes, y añadir los Boñigones maternos, era tumbar de espaldas al más valiente.

Torturándose el magín para salir de este apuro, recordó que tenía dos nombres de pila, y que el segundo era Gonzalo, por el santo del día en que nació; el cual nombre le sonó bien, y parecióle, no sólo *fino*, sino hasta de buen solar; pero uníale luégo al apellido, y ya resultaba la monotonía y hasta la vulgaridad. Lo

que él necesitaba era cierta música, algo como cascabel al remate del apellido, que le diera resonancia y aun remedos de añeja estirpe. Había en el pueblo Pérez de la Llosía, y Robledal de los Infantes de la Barca, Ceballucos y la Portillera, y, entre otros sembrados por el valle, Gutiérrez de los Coteros, Coterones de la Cuérniga, López de los Acebales, y Sánchez de la Pedreguera; y algo por el estilo de estos sonoros y campanudos apéndices quería él; como si, por ejemplo, en vez de González, se llamase... *de la Gonzalera*...—«Y ¿por qué no?—se dijo, dándose de pronto una palmada en la frente, como quien halla inesperada resolución de arduo problema,—¿no soy González? ¿dejaré de serlo por estirar un poco el apellido? ¿no le encogen otros, ó le ponen en abreviatura? Pues el más ó el menos no quita la calidad á las cosas... Pero habrá escrupulosos que se empeñen en que yo sea hijo de mi padre, y que á todo trance me firme González después del nombre de pila, que, de por sí, ha de serles sospechoso.»

Y dándose así de calabazadas con estas dificultades, ocurriósele al fin llamarse *de la Gonzalera*, sin dejar por eso de firmarse González; con lo cual, tras de tapar la boca á los reparones, combinaba una firma de rechupete, al modo y manera de las más sopladas de los con-

tornos de Coteruco. En cuanto á los que pudieran tacharle el remoquete final... ¿estarían ellos muy seguros de que tenían más claro el origen y la explicación los *de la Pedreguera*, *de los Acebales*, ó *de los Camberones* con que se engreían y pavoneaban?

Acto continuo voló á encargarse á un litógrafo un millar de tarjetas de variadas cartulinas, con el nombre, estampado en ellas en anchos y repicoteados caracteres de múltiples colores, de GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA.

Con estas tarjetas, aquellos retratos, un par de baúles más, la ropa correspondiente á ellos y la cultura que este conjunto representaba (sobre la que ya tenía norte-americana), adquirida en Inglaterra mientras le retrataban, le vestían y se hacía entender por señas, ó hablando muy recio su propio idioma, en tiendas y paradores, vino á España echando pestes contra los españoles, y contra la incuria, y la ignorancia, y la cocina, y los caminos, y los sastres, y los zapateros y... ¡hasta la literatura de los españoles! Nada hallaba á su gusto en su patria el bueno del hijo de Bragas el de Coteruco; ni siquiera un palmo de tierra digno de asentar en él aquellas plantas que tantas veces hollaron descalzas y sin protesta las espigas de Carrascosa, mientras el desnudo y hambriento Colasillo guardaba las cabras de sus